

BREVE HISTORIA DEL PENSAMIENTO **ECONÓMICO**

HEINZ D. KURZ



BREVIARIOS
Fondo de Cultura Económica

BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

615

Heinz D. Kurz

Breve historia del pensamiento económico

Traducción de
ALEJANDRA ORTIZ HERNÁNDEZ

Revisión técnica de la traducción y capítulo
especial sobre la teoría del desarrollo
económico en América Latina:
IGNACIO PERROTINI HERNÁNDEZ



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en alemán, 2013

Primera edición en inglés, 2016

Primera edición en español de la primera edición en inglés, 2022

[Primera edición en libro electrónico, 2022]

© 2013, Verlag C.H.Beck oHG, München

Título original: *Geschichte des ökonomischen Denkens*

© 2016, Columbia University Press

Título de la edición en inglés: *Economic Thought. A Brief History*

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-7458-6 (rústico)

ISBN 978-607-16-7602-3 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

Prefacio a la edición en español

Prefacio a la edición en inglés

Introducción

- I. *Pensamiento económico inicial*
- II. *Economía clásica*
- III. *Marx y los socialistas*
- IV. *El ascenso del marginalismo*
- V. *Marshall y la teoría del equilibrio parcial*
- VI. *El utilitarismo, la teoría del bienestar y el debate sobre los sistemas*
- VII. *La competencia imperfecta*
- VIII. *Schumpeter y el principio de destrucción creativa*
- IX. *Keynes y el principio de la demanda efectiva*
- X. *Reacciones a Keynes*
- XI. *La teoría del equilibrio general y la teoría del bienestar*
- XII. *Avances en campos selectos*
- XIII. *La teoría del desarrollo económico en américa latina*

Comentario final

Referencias generales y bibliografía especializada

Índice analítico

Índice general

A menudo nos encontramos con viejos amigos vistiendo nuevos ropajes.

ALFRED MARSHALL

Los viejos amigos vienen disfrazados a la fiesta.

JOSEPH A. SCHUMPETER

Las ideas de los economistas y filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto.

JOHN MAYNARD KEYNES

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL*

Estoy muy complacido de ver que mi libro sobre la historia del pensamiento económico ahora también se publica en español.

Agradezco especialmente a Alejandra Ortiz Hernández, quien tradujo el libro y, de acuerdo con mis amigos hispanoparlantes, realizó un trabajo magnífico. Mi amigo y colega de hace mucho tiempo Ignacio Perrotini Hernández, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la apoyó en esta tarea en lo que concierne a la revisión técnica y en los términos y conceptos técnicos. Además, él amablemente contribuyó con un capítulo sobre el desarrollo del pensamiento económico en América Latina. Yo pensé que ese capítulo era muy necesario porque en mi texto original América Latina se menciona sólo de forma incidental si acaso. Sin embargo, esto dejaba implícita la impresión, infortunada y totalmente involuntaria, de que no hay nada que reportar en esta materia. El capítulo de Ignacio demuestra de forma brillante que esto no es así y muestra de modo impresionante la manera en que las ideas y los conceptos económicos viajaron a través de los continentes, se combinaron con otros y mediante la transmutación condujeron a algo nuevo y original. Le estoy profundamente agradecido por haber realizado este capítulo y por haber enriquecido el libro con su muy valiosa contribución.

Estoy especialmente contento de saber que el libro está siendo publicado en México por el Fondo de Cultura

Económica (FCE). Esto me trae dulces recuerdos de mi visita a la UNAM en 1995, junto con mi amigo Neri Salvadori, de Pisa, Italia, y nuestras esposas. A raíz de una invitación de Ignacio, Neri y yo impartimos ahí una serie de clases en un seminario de doctorado. Estas clases se basaron en nuestro libro intitulado *Theory of Production. A Long-Period Analysis* [Teoría de la producción. Un análisis a largo plazo] (Cambridge University Press, 1995), que se había publicado hacía poco tiempo. Fue un hecho memorable, no sólo por el interés que expresaron los alumnos en nuestro trabajo, sino también por la gran hospitalidad de nuestros amigos mexicanos, especialmente de Ignacio. Las semanas que pasamos en la Ciudad de México y sus alrededores fueron maravillosas. Disfrutamos de las ricas culturas indígenas del país, de la calidez de su gente, de las bellezas de su paisaje, de la abundancia de la fauna y la flora y de las delicias culinarias que México ofrece. Ignacio nos acompañó en varios de nuestros viajes y nos guio, incluyendo excursiones a sitios magníficos como Teotihuacan, Cholula, Puebla, Veracruz y Papantla.

Además, mientras estábamos en la Ciudad de México en la mañana del 14 de septiembre de 1995, entre otras cosas, experimentamos el sismo de Ometepepec (de magnitud 7.3), que me asustó casi hasta la muerte (Neri, habituado a los sismos de Sicilia, trató de calmarme diciéndome que permaneciera en la cama o que me ocultara debajo del escritorio, mientras yo me mantenía en pie con dificultades). Al concluir la serie de clases que impartí con Neri, mi esposa y yo procuramos pasar unos días relajados en Yucatán, pero el 27 de septiembre topamos con una tormenta tropical (transformada luego en el huracán Opal) que duró varios días inundando el lugar y haciendo que la temperatura descendiera bastante. Cuando visitamos el

Parque Museo La Venta en Villahermosa para ver las cabezas olmecas, tuvimos que escapar porque, debido a que el nivel del agua de las albercas del zoológico había aumentado, los cocodrilos consiguieron salir de sus jaulas. Eventualmente, nos fuimos a Palenque y luego a San Cristóbal de las Casas, Chiapas; cuando llegamos la ciudad estaba tomada por tropas del ejército mexicano. Una enorme manifestación estaba a punto de iniciar y aparentemente el gobierno temía que hubiera rebeliones organizadas por los zapatistas. Miles de personas indígenas vestidas con ropa colorida, procedentes de lugares distantes, se reunieron en el centro de la ciudad el domingo y escucharon discursos pronunciados en su propia lengua. Fue una manifestación sumamente impresionante de un pueblo que obviamente sufría condiciones de vida muy pobres y falta de oportunidades para participar en la vida social. La manifestación fue completamente pacífica. Regresamos a la Ciudad de México profundamente conmovidos por lo que habíamos visto.

Mi esposa y yo nos perdimos sólo de un placer. Habíamos llevado con nosotros a México nuestras botas y el equipo de alpinismo para escalar el Popocatepetl. Infortunadamente, el Popocatepetl estaba cerrado para visitantes debido a actividad volcánica. Nuestras semanas en México fueron con mucho unas de las más intensas y excitantes que jamás habíamos experimentado en nuestras vidas. Produjeron en nosotros una profunda admiración por el país y por su gente.

Adam Smith concibió célebremente a la economía política como quizá la rama más importante de un tipo de ciencia política maestra, incluyendo a la “ciencia del legislador”. Las principales tareas de esta ciencia son combatir la superstición y las falsas creencias en asuntos de

política económica, desmitificar opiniones que presentan los intereses individuales como si promovieran el bienestar general y proponer cambios a los marcos regulatorios de los mercados y las instituciones que ayuden a preservar la seguridad de la sociedad como un todo ante amenazas y a proveer incentivos de suerte que la conducta egoísta también tenga efectos socialmente benéficos. Smith anticipó el concepto —pero no el término— “evolución” en economía. En este contexto, dos cosas quizá son dignas de mención. El gran poeta, escritor, científico y político mexicano Justo Sierra Méndez, quien impulsó la fundación de la UNAM, también organizó la primera traducción al español en México de las obras de Charles Darwin, pero rechazó el darwinismo social de Herbert Spencer. Y, en su calidad de miembro del grupo de los *científicos*, argumentó a favor de limitar el poder político y la autoridad del presidente. Para él la ciencia era parte de los contrapesos necesarios en una sociedad moderna para contener la concentración de poderes enormes en pocas manos. Sus objetivos, puede decirse, no eran diferentes de los de Adam Smith, aunque su posición metodológica, el positivismo, seguramente lo era.

HEINZ D. KURZ
Graz, 10 de junio de 2019

PREFACIO A LA EDICIÓN EN INGLÉS

Este libro es una traducción de una versión revisada y un poco aumentada de mi *Geschichte des ökonomischen Denkens*, que publicó en 2013 C. H. Beck en Múnich. La versión en alemán apareció en la colección Wissen (Conocimiento), la cual presenta a los lectores básicamente todos los campos del saber: ciencias, humanidades, historia, artes, religiones, entre otros. Cada una de las ediciones de bolsillo comprende generalmente 128 páginas y está dirigida a cualquier lector interesado en el tema, sin necesidad de que tenga un conocimiento previo.

Esto también es válido para el presente libro. Lo he escrito con un estilo que dista de lo técnico y pretende facilitar la entrada al fascinante mundo de la economía. Lo único que se requiere es poder leer y pensar. Si bien contiene algunos diagramas, ejemplos numéricos simples y, ocasionalmente, algunos símbolos para representar ciertas magnitudes económicas, el lector podrá dominarlos con facilidad. Parafraseando a Albert Einstein: Para leer este libro no se necesita poseer talentos especiales. Basta con tener una curiosidad apasionada. Dada la abrumadora importancia de la esfera económica en el mundo en que vivimos, ¿quién podría darse el lujo de no sentir una curiosidad apasionada por lo que los economistas tienen que decir al respecto?

Este texto es ligeramente más extenso que el original en alemán, y está dirigido a un público más internacional, en particular a un público norteamericano. Se discuten ahora

con mucho mayor detalle las contribuciones a la economía provenientes del “Nuevo Mundo”, a costa de algunos temas que sólo son de especial interés para un lector de habla alemana.

Mientras preparaba las versiones alemana y norteamericana, recibí comentarios y sugerencias sumamente valiosos de muchos amigos y colegas. Estoy especialmente agradecido con Manfred Holler, Kenji Mori, Heinz Rieter, Hans-Peter Spahn y Erich Streissler. Quisiera agradecer también a Gilbert Faccarello, Duncan Foley, el difunto Pierangelo Garegnani, Christian Gehrke, Harald Hagemann, Geoff Harcourt, Peter Kalmbach, Stan Metcalfe, Edward J. Nell, Neri Salvadori, el difunto Paul A. Samuelson, Bertram Schefold, Richard Sturn, Ian Steedman y Hans-Michael Trautwein por las múltiples discusiones, a lo largo de muchos años, sobre los temas aquí tratados. También me gustaría agradecer a un revisor anónimo de la edición norteamericana por sus útiles consejos. Quisiera agradecer especialmente a Jonathan Beck, mi editor en C. H. Beck; a Bridget Flannery-McCoy, mi editora en Columbia University Press, y a Jeremiah Riemer, el traductor. La colaboración con Bridget y Jeremiah fue efectiva y placentera, y, si la argumentación es fácil de seguir y si la lectura es razonablemente buena, es en gran medida gracias a ellos.

Ahora toca a los lectores que tengan “una curiosidad apasionada” —el objeto de deseo de todos los autores— formarse un juicio sobre el resultado de todo el esfuerzo y el trabajo que se invirtieron en este libro.

HEINZ D. KURZ
Graz, 8 de junio de 2015

INTRODUCCIÓN

¿Una historia del pensamiento económico en 415 páginas?
¡Imposible! ¿O quizá no?

En 1914 Joseph A. Schumpeter (1883-1950) publicó su *Economic Doctrine and Method: An Historical Sketch*, un ensayo de 100 páginas en el que traza un arco desde la Antigüedad hasta lo que entonces eran los tiempos modernos. Si las 100 páginas de Schumpeter bastaron para tratar el tema hasta inicios del siglo xx, 411 páginas bastarán sin duda para incluir los desarrollos posteriores hasta finales de siglo. Esa extensión es en verdad suficiente, suponiendo que reconocemos haber tomado el riesgo de dejar algunos vacíos en lo que abarcamos.

¿Acaso bastaría sólo con tomar el texto anterior de Schumpeter y anexar un suplemento generoso de unas 411 páginas? Infortunadamente, no. La historia de un campo no es algo escrito de una vez por todas. Es un constructo en constante cambio en el que nuevas generaciones que tienen sus propios problemas e ideas intentan lidiar con los problemas e ideas de generaciones pasadas. Con el paso del tiempo hay un cambio en lo que Schumpeter llamó la “visión” de cómo funciona un sistema económico, y nuestra comprensión de los viejos maestros cambia junto con esa visión. Es un grave equívoco creer que la historia es algo que alguna vez fue y ya no es: “La historia no es fue, la historia es” dijo William Faulkner. Resulta tanto peor cuanto que este equívoco está muy difundido, dentro y fuera del campo de la economía. Cada generación escribe su propia

historia y se esfuerza no sólo por ser original sino porque se la perciba como tal. Pero cada generación también busca antecesores significativos para poder compartir su renombre y lucidez. Con una nueva apreciación de los problemas, ésta descubre facetas de los viejos maestros que las generaciones previas pasaron por alto. Por ello, la noción de continuidad y cambio en el campo es en sí una idea sujeta a un proceso perpetuo de continuidad y cambio. El viejo ensayo de Schumpeter, que se lee bien hoy en día, forma parte de la historia. Leerlo muestra cuántas perspectivas han cambiado desde entonces, cuáles juicios penetrantes se han sumado a nuestro haber y cuáles se han abandonado, cómo han cambiado los métodos de investigación y mucho más.

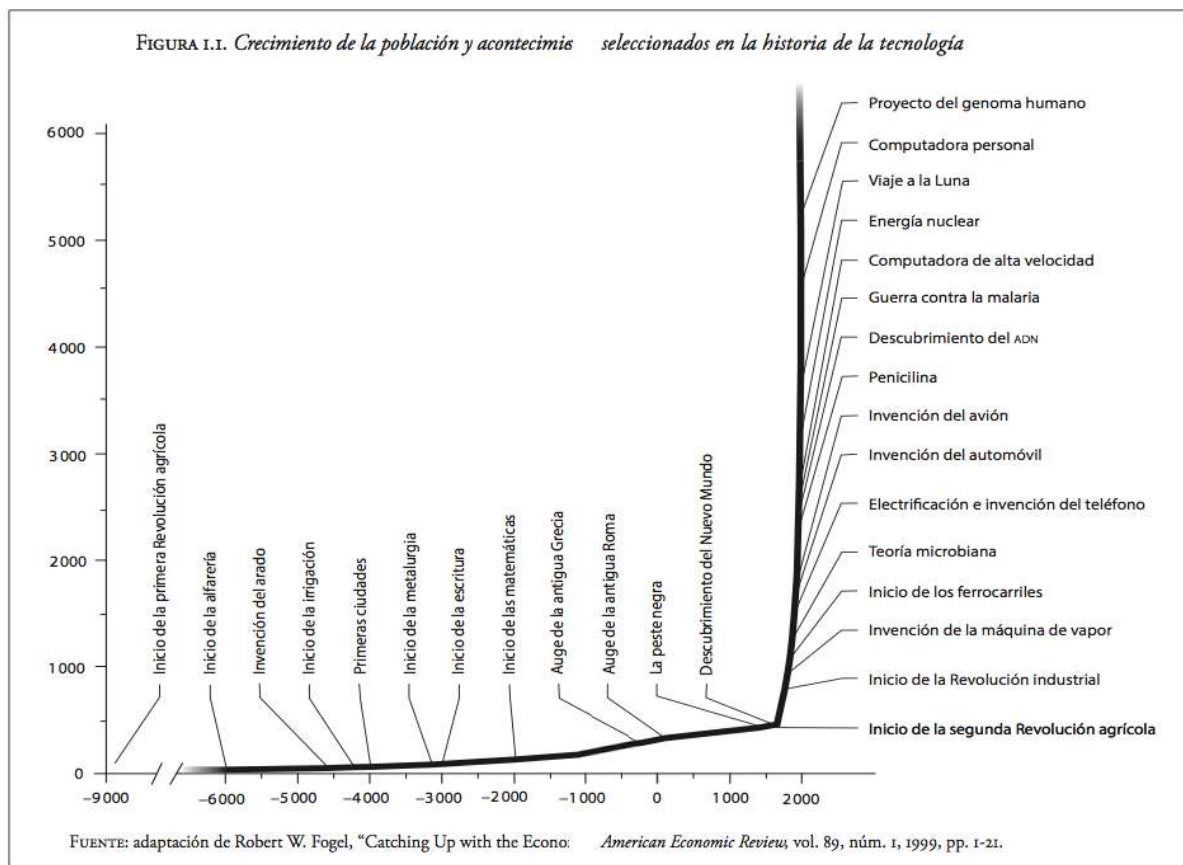
De acuerdo con el economista japonés Takashi Negishi (n. 1933), no hay “nada nuevo bajo el sol” en la economía. Todo, argumenta, puede encontrarse en los textos clásicos de economía. Ciertamente se trata de una exageración, pero contiene una pizca de verdad. Hay un buen número de ideas, conocidas desde hace tiempo, que cobran un significado nuevo cuando se les da una forma diferente o se las considera en un contexto nuevo. El conocimiento nuevo en la economía se compone, más que nada, de viejas partículas de conocimiento combinadas de maneras nuevas. La imagen de un árbol de conocimiento que produce nuevas ramas una y otra vez simboliza este proceso. No obstante, de pronto algunas ramas que hace mucho se consideraban muertas comienzan a retoñar de nuevo.

¿Significa esto que la economía conserva todo lo que es correcto y valioso y desecha todo lo que es erróneo y falaz? ¿Acaso el mercado para las ideas económicas es un mecanismo de selección en perfecto funcionamiento? Desgraciadamente, la respuesta es no.

La formación de burbujas en mercados financieros es bien conocida. Las burbujas tienen lugar porque la gente se forma una imagen de un segmento de la realidad, luego otros adoptan esta imagen y sobreviene el comportamiento de rebaño. Los economistas también se forman una imagen de un segmento de la realidad, la cual en ocasiones puede esclarecer nuestra comprensión del mundo, pero también obstruirla. Una imagen puede ser engañosa sin que este hecho se reconozca como tal de inmediato. Si estas ideas se ven amplificadas por un recibimiento positivo dentro del medio académico, a través de nombramientos en universidades, clasificación en publicaciones, otorgamiento de fondos para investigación y reconocimientos y premios, esto desemboca en una burbuja intra-académica. Habida cuenta de la complejidad de este tema, se trata de un peligro mayor que no se puede eliminar con certeza. Cualquiera que conozca la historia del pensamiento económico, en qué triunfó y en qué erró, siempre estará consciente de este peligro y permanecerá atento a él.

Por último, es importante recordar que los enormes cambios en la economía durante los últimos siglos también han modificado nuestra visión de ella. Tómese la ilustración siguiente, adaptada de una obra del historiador económico estadounidense Robert W. Fogel (1926-2013). Presenta la historia de la humanidad de un vistazo, mostrando la relación del aumento de la población mundial con acontecimientos e inventos tecnológicos importantes. No fue sino en el paso del siglo xvii al xviii cuando el desarrollo y el crecimiento comenzaron a acelerarse, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, la segunda Revolución agrícola y el comienzo de la Revolución industrial. Europa y su descendencia en el extranjero (los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda) llegaron a una senda de

crecimiento económico alto y sostenido, lo que creó una brecha creciente entre estos asentamientos y el resto del mundo: la “Gran Divergencia” (que discute Kenneth Pomeranz en su libro del mismo nombre).



No es coincidencia que el estudio de la economía política haya florecido justo cuando las economías europeas despegaron, que es el punto en el que la curva sube bruscamente en la figura. El dinamismo económico que se desplegaba y las fuerzas que operaban dentro de esa dinámica pedían ser comprendidos y aplicados a la política económica. A partir de entonces, la humanidad emprendió un camino por completo distinto cuyo fin no conocemos.

Hay diferentes maneras de aproximarse a la historia del pensamiento económico. Este volumen se centra en las teorías económicas: cómo es su formación, qué tan concluyentes son, cuál es su lugar dentro del campo y su aplicación a la política económica. Me permito llamar la atención sobre aquellos economistas (y sobre las enseñanzas de éstos) que considero de especial importancia. Sólo espero que ningún pez gordo se me haya escapado por la malla de la red que tendí.

Reconozco, de entrada, algunos vacíos en lo abarcado en el libro. El foco de atención está en las tradiciones intelectuales europeas y su continuación en el llamado mundo occidental, aunque, desde luego, es un hecho que todas las civilizaciones avanzadas han producido logros notables en la exploración de asuntos económicos. Se invita al lector interesado en la historia del pensamiento económico chino a consultar, por ejemplo, a Hu Jichuang (*A Concise History of Chinese Economic Thought* [Una historia concisa del pensamiento económico chino]); Ahmed El-Ashker y Rodney Wilson (*Islamic Economics. A Short History* [Economía islámica. Breve historia]) brindan un panorama del pensamiento económico islámico. Más allá de algunos vacíos geográficos, también hay lagunas en los temas abarcados, como la omisión de la administración de empresas, la economía empresarial y la econometría.

Por último, es pertinente hacer una observación sobre la literatura citada: las referencias básicas y bibliografía especializada llaman la atención del lector sobre algunas obras primarias importantes, pero también sobre libros y artículos que resumen y reconocen a economistas notables, escuelas de teoría económica o el desarrollo de subdisciplinas en el campo. Estas fuentes contienen toda la información necesaria para rastrear con facilidad la

literatura primaria en la que el lector podría interesarse. Los detalles que se mencionan en el texto pueden encontrarse en los títulos enlistados en el apartado respectivo.

I. PENSAMIENTO ECONÓMICO INICIAL

EN ESTE capítulo resumo lo que los antiguos, los escolásticos (ca. 1100-1600) y los mercantilistas (ca. 1500-1800) pensaban de la actividad económica. Sus observaciones tenían características comunes: todas eran aún poco sistemáticas, no abarcaban todos los campos de la conducta económica y se orientaban hacia la prescripción. Tales pensadores estaban menos preocupados por describir y analizar la actividad económica tal como era (economía positiva) que por cómo debería ser idealmente (economía normativa). De hecho, en la Antigüedad y en el escolasticismo, las afirmaciones económicas eran parte de la filosofía moral y tenían que ver con la aplicación de principios éticos a la vida económica. En el mercantilismo, las investigaciones económicas surgieron sobre todo en los escritos y panfletos de capitalistas comerciantes involucrados en el comercio internacional, quienes estaban ansiosos por hacer pasar sus intereses particulares como el interés general. Les interesaba vivamente asegurar el apoyo del Estado-nación para proteger sus embarcaciones y factorías en el extranjero, de modo que alababan las ventajas de exportar mercancía de un valor mayor al de la mercancía importada (lo cual llenaría las arcas del rey con los metales preciosos usados para el intercambio).

Algunos conceptos que hoy en día nos parecen evidentes, como la competencia y el progreso, estaban ausentes en esos escritos tempranos o bien sólo estaban presentes de manera rudimentaria, es decir, como reflejo

del ambiente económico del momento. En la Antigüedad y en la época del escolasticismo, las condiciones económicas eran esencialmente estacionarias, e incluso para los mercantilistas el desarrollo y el crecimiento eran más bien modestos y se limitaban a algunas áreas.

LA ANTIGÜEDAD

Los seres humanos siempre han hecho observaciones económicas. Para poder sobrevivir, tenemos que consumir, y para poder consumir, tenemos que producir. La práctica del dibujo y la escritura trajo consigo registros de actividad económica. Para nuestros ancestros más antiguos, “producir” significaba antes que nada cazar y recolectar, y las pinturas rupestres en Europa que datan del Paleolítico Superior muestran escenas de caza con conocimiento técnico y organizacional materializado en armas. Más tarde, la información económica básica se volvió un bien público para cualquiera que pudiera leer. Por ejemplo, durante el auge de Mesopotamia, hace alrededor de 4 000 años, los bloques de arcilla en las puertas de Babilonia estaban marcados con información sobre la cosecha anual de granos, así como con los gastos que ésta conllevaba, también medidos en granos. La diferencia entre la cosecha y los gastos nos da el excedente de la producción del grano para el año en cuestión. Este excedente servía para mantener a las familias ocupadas en la agricultura, así como también al gobernante y su corte real de funcionarios, el ejército, etc. El volumen del producto excedente brinda información sobre el bienestar, la productividad económica y el poder político y militar de la comunidad. Estas tablillas

de arcilla son quizá la primera cuenta de ingresos nacionales en la historia de la humanidad.

LA ECONOMÍA GRIEGA Y LA CIENCIA ECONÓMICA

El modo de producción griego en tiempos de Platón (427-347 a.C.) y su discípulo Aristóteles (384-322 a.C.) estaba basado en la esclavitud y en tradiciones e instituciones que cambiaban muy lentamente, entre las que se incluye la constitución política de la ciudad-Estado. La atención se centraba en la “buena vida” de los ciudadanos plenos —un concepto estático— y el marco regulatorio e institucional propicio para ella. La producción tenía lugar en hogares prácticamente autárquicos: por tanto, se acuñó el término de “economía” del griego *oikos*, “casa”, y *nomos*, “ley”. *Oikonomia* significa entonces “la administración del hogar” o las reglas mediante las cuales se administra mejor un hogar o un negocio.

Las observaciones de los filósofos de esa época giraban en torno a cuestiones del manejo adecuado de los negocios y la gestión económica, y el fin era armonizar lo económicamente útil con lo aconsejable desde la perspectiva moral y lo razonable en el aspecto político. Tales cuestiones se ventilaban en la vida privada tanto como en la economía pública y en el financiamiento de los negocios del Estado. Mientras que en sus inicios el Estado era financiado por donaciones voluntarias, pagos de tributo de colonias y servicios de los ciudadanos, con el tiempo hubo un aumento en las contribuciones obligatorias: primero en la tributación para los inmigrantes sin ciudadanía que habitaban la ciudad (metecos) y finalmente también para los ciudadanos. Dado que la tributación se basaba en la riqueza, surgió la

pregunta sobre cómo debía medirse la riqueza, lo que llevó a la distinción entre la riqueza visible y la invisible (o disimulable). Los impuestos a la riqueza visible, como casas, campos, arboledas, herramientas y animales de trabajo eran más difíciles de evadir que los impuestos a la riqueza invisible, como el dinero o el interés pagadero de transacciones a crédito. Aquí reside, indiscutiblemente, una de las fuentes de la oposición al crédito y al interés que permeó al pensamiento económico en el seno de la Iglesia católica romana hasta el siglo XIX (véase la sección de escolasticismo más adelante en este capítulo) y en el mundo islámico hasta la fecha.

PLATÓN

Platón, descendiente de un hogar aristocrático, consideraba que el manejo de una casa y el del Estado, la polis, guardaban estrecha relación. En ambos casos, lo importante era el bienestar de aquellos que estaban al cuidado del amo (ya fuera el amo de la casa o el gobernante del Estado). Este bienestar tenía un componente material que era el medio para un fin, la buena vida, y no un fin en sí mismo. En *The Republic* [La República], Platón delineó las características esenciales de un Estado ideal: se trata de la primera utopía social plenamente elaborada en la historia. Platón se enfocó en descubrir normas éticas para llegar a lo verdaderamente bueno. La búsqueda de este objetivo requería la adhesión a reglas estrictas y el castigo a quien las violara. (Por esta razón, se dice que el proyecto de Platón tenía características totalitarias; y puesto que sólo había propiedad común en la cúspide de la pirámide social,

también se ha interpretado como una especie de comunismo primitivo.)

Para que esta sociedad estratificada y jerárquica pudiera reproducirse, decía Platón, todos debían asumir su lugar apropiado. Puso a los filósofos o reyes filósofos en la cúspide de su república, seguidos de los guardianes de la comunidad, quienes vivían en una hermandad masculina y eran ciudadanos de pleno derecho. Una casta guerrera defendía al Estado, y Platón consideraba justas sus campañas de conquista si servían para defender lo verdaderamente bueno. Abajo de los guardianes estaban los artesanos y comerciantes, y los metecos (ciudadanos no nativos sin derechos [y sus esclavos]). Los ciudadanos plenos (y sus esclavos) tenían prohibido trabajar en esos oficios. La propiedad privada estaba permitida, pero buscar el beneficio era mal visto, porque Platón concebía la riqueza como una corruptora del hombre y veía el peligro de que la riqueza se volviera poder y terminara en tiranía. Por tanto, Platón defendía la redistribución de la propiedad para alejar este peligro.

Hay una relación cercana entre la estratificación social que Platón vislumbraba en *La República* y su entendimiento de la división del trabajo como la base del Estado. Su visión básica era que las aptitudes y talentos naturales de una persona debían decidir su lugar en la sociedad. Si todo el mundo se dedica a lo que mejor hace, entonces todo lo que se hace se hará bien. En consecuencia, Platón se preocupó principalmente por la mejor utilización y asignación de talentos naturales y no (como sería más tarde en el caso de Adam Smith) por el impacto en la mejora de la productividad que pudiera tener la división del trabajo. La especialización y el aprendizaje práctico, que pueden fortalecer pero también frustrar las diferencias naturales

entre las aptitudes humanas, Platón los mencionó sólo de paso.

Él consideraba que la jerarquía social y profesional era estática, no dinámica. Según él, la coordinación de los distintos tipos de trabajo ejercidos en la sociedad se efectuaba en parte a través de órdenes y una administración central (como en el ejército) y en parte a través de los mercados.

El dinero, insistía Platón en *La República*, debía servir para un solo propósito: ser un medio de pago. No debía usarse como medio para acumular valor (y por tanto atesorarlo), puesto que la acumulación de riqueza no tiene un límite finito y por ello no es natural. Desdeñaba el cobro de interés por considerarlo impropio. No suministró observaciones detalladas sobre la formación de precios ni por tanto de los ingresos de los productores y comerciantes.

ARISTÓTELES

Descendiente de las filas de los metecos, Aristóteles no estaba de acuerdo en todo con su mentor Platón. Por ejemplo, Aristóteles abogaba por la propiedad privada valiéndose de un argumento que vuelve a aparecer en la obra de pensadores posteriores: las personas tratan la propiedad personal con mayor cuidado que la propiedad comunal. Esto ha venido a conocerse como el “problema de los comunes”.

Las observaciones de Aristóteles concernían a la organización y manejo de una economía autosuficiente del hogar. ¿Cuáles son los derechos y deberes del amo, el padre, la esposa, los hijos y los esclavos? Los últimos, a pesar de algunas reservas debido a su estatus —¿es ético

tratar a seres humanos como propiedad?—, le parecen indispensables para la buena vida de los ciudadanos (y filósofos) libres, a quienes debe evitárseles cualquier preocupación con respecto al bienestar material.

Al igual que Platón, Aristóteles hacía la distinción entre diferentes tipos de “artes adquisitivas”, es decir, los medios por los que los hogares y la gente se ganan la vida y colman sus necesidades y deseos. Su “forma natural” (*oikonomiké*) permitía que el ciudadano griego y su familia tuvieran una buena vida, al producir y procurarse bienes. Aristóteles consideraba que lo bueno estaba limitado por la naturaleza, y, por ende, este tipo de arte adquisitivo tenía un objetivo finito. Uno podría usar casi como sinónimo un término introducido por Herbert Simon (1916-2001), “satisfacción”: buscar en medida suficiente lo que se requiere para satisfacer las necesidades propias de acuerdo con la posición de la persona en la sociedad en lugar de intentar maximizar la ganancia propia.

Aristóteles contraponía esta forma natural de adquisición al “arte adquisitivo no natural” de la *crematística* (de *chrema*, que significa dinero). Ésta tiene como finalidad el enriquecimiento, adquirir por el gusto de adquirir, que “no es natural”, porque es ilimitado. Aristóteles localizó el origen de la *crematística* en el comercio y el dinero, que surgieron para facilitar el intercambio. Sin embargo, ya que el dinero también puede servir como acumulación de valor, existe una tendencia a atesorar. La adquisición de dinero se vuelve un fin en sí mismo. Como lo muestra la historia del rey Midas, el hombre que lucha por la mayor riqueza posible corre el riesgo de morir de hambre, si todo lo que toca se convierte en oro. Aristóteles consideraba las transacciones a crédito y el interés como formas especialmente reprobables

de *crematística*. Para él cualquier tipo de interés es usura, porque “hace del dinero en sí mismo una ganancia”.

La justicia es un tema dominante en la obra de Aristóteles, como puede verse en las observaciones que hizo sobre los mercados en la *Nicomachean Ethics* [Ética a Nicómaco]. Una cuestión que se discute en este texto es la justicia distributiva. Aristóteles distingue entre el “valor de uso” de una cosa y su “valor de cambio”; el primero tiene que ver con su utilidad objetiva para satisfacer ciertas necesidades y el segundo con la cantidad de dinero (u otros bienes) que se recibe a cambio de ella. Según la *Ética a Nicómaco*, la atención del productor debía centrarse en la calidad del valor de uso y no en la cantidad de valor de cambio.

Al igual que Platón, Aristóteles no proporcionó un análisis positivo de cómo se forman los precios; en lugar de ello, presentó una norma a la que los precios supuestamente prestan obediencia. Esta norma (que se refiere a la estabilidad y la reproducción de la sociedad estratificada griega) dicta que los precios deben garantizar una distribución apropiada de la riqueza y el honor. El mercado debe respetar y reproducir el estatus social de los que participan en transacciones de intercambio. Traducido a nuestro tiempo y con un ejemplo de Joseph Stiglitz (n. 1934): los empleados bancarios deben recibir un salario que les permita conseguir alimentos y una vivienda para ellos y para sus familias y vestirse de forma apropiada para el trabajo en el banco. De este modo, la economía es cómplice de los principios en los que se basa la polis. La estratificación de la sociedad también se ve reflejada en la actitud de Aristóteles respecto del trabajo físico; llevado a cabo por los estratos más bajos de la sociedad y los esclavos, y desdeñado por los estratos más altos, en su

opinión este trabajo carecía de dignidad y por tanto de valor.

Las reflexiones de los filósofos griegos se tradujeron al árabe y más tarde también al latín, y fueron sometidas a discusión, se las absorbió y se ampliaron en las respectivas tradiciones filosóficas, teológicas y jurídicas. Uno puede encontrar la prohibición del interés tanto en el Antiguo Testamento de la Biblia como en el Corán. En sus *Confesiones*, Agustín de Hipona (354-430 d.C.) incorporó algunas de las ideas de Platón y Aristóteles en una visión cristiana del mundo, lo que dejó una huella profunda en el pensamiento de Occidente. Las ideas de los griegos se incorporaron en el pensamiento económico islámico y continúan ejerciendo su influencia, en especial en la banca islámica.

Permítaseme ahora pasar a las enseñanzas de los clérigos en la Edad Media europea.

ESCOLASTICISMO

Los maestros cristianos siguieron desarrollando los puntos de vista económicos de los antiguos, en especial los de Aristóteles, y asimismo incorporaron ideas de la Biblia y el derecho romano. El pensador más importante de la llamada escuela escolástica fue Tomás de Aquino (1225-1274) con su *Summa theologiae* [Suma teológica] de tres volúmenes; Francisco de Vitoria (1483-1546), con su escuela de Salamanca, fue otro escolástico notable. Al igual que Platón y Aristóteles, Tomás de Aquino adoptó una postura predominantemente normativa y se concentró en temas similares: el “precio justo”, el interés y la usura, y una tributación justa (“Al César lo que es del César”).

Con todo, a diferencia de los pensadores griegos precedentes, la atención de los escolásticos no estaba en cómo obtener la buena vida en este mundo, sino en cómo evitar el infierno en la siguiente. El tema era el hombre, de acuerdo con el Antiguo Testamento, expulsado del Paraíso y castigado por sus pecados con una existencia llena de penurias y privación. El trabajo arduo le garantiza la supervivencia y una vida en ocasiones marcada por milagros como recompensa por demostraciones profundas de fe. De acuerdo con el pensamiento económico escolástico, la respuesta a las dificultades materiales que experimentaban amplios segmentos de la población no era una producción mayor y el crecimiento económico, sino el autocontrol y la represión de las necesidades.

El punto central del escolasticismo era la doctrina concerniente a la usura. Un argumento básico era que el dinero es estéril, a saber, que no puede “tener descendencia”. Otro argumento decía que, puesto que Dios había dado tiempo en igual medida a todos los hombres, el simple hecho de dejar pasar tiempo entre pedir y pagar un préstamo no justifica ningún interés. Un tercer argumento se basaba en una característica de la economía medieval: la ausencia de crecimiento sostenido, lo que significaba que la mayoría de los préstamos se otorgaban a consumidores más que a productores. El deber de un cristiano, argumentaban los escolásticos, era ayudar a aquellos que habían caído inocentemente en la necesidad y no explotarlos o exacerbar su condición al exigir intereses. *Fenus pecuniae funus est animae*: el interés del dinero es la muerte del alma. Una buena sociedad requería que sus miembros vivieran de manera virtuosa.

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando el comercio y la industria repuntan en Europa, durante los siglos XII y XIII, y

más aún cuando la economía emprende un camino de crecimiento económico sostenido, como en lo ocurrido a raíz de la Revolución industrial, y se necesita liquidez adicional para financiar las inversiones? Las economías antiguas y medievales, en las que se rechazaba con menosprecio el interés, eran más o menos estacionarias y lograban reproducirse sin mayor cambio año tras año (si dejamos de lado los tiempos de cosechas particularmente buenas o malas, guerras y epidemias). Conforme la economía se embarcaba en un camino de crecimiento económico sostenido, el análisis económico tuvo que cambiar para dar cuenta de ello. La perspectiva aristotélica y escolástica se vio relegada poco a poco (a pesar de que nunca desapareció: algunas ideas escolásticas resucitaron en la economía austriaca, por ejemplo, que veremos en el capítulo IV) y, después de florecer en los siglos XIII y XIV, el escolasticismo terminó con el declive de la escuela de Salamanca en el siglo XVI. En la escuela de Salamanca ya había formulaciones claras de economía positiva, que tendrían un papel principal en la economía clásica, el tema del capítulo II. Pero, antes de ocuparnos de los economistas clásicos, debemos pasar primero a lo que Adam Smith (1723-1790) llamó “mercantilismo” y a lo que se conoce en el mundo de habla alemana como “cameralismo”. Las ideas agrupadas bajo estos nombres no constituyen un cuerpo consistente de pensamiento. Esto no significa que no fueran importantes. A decir verdad, ejercieron una fuerte influencia sobre la política económica y siguen ejerciéndola.

MERCANTILISMO Y CAMERALISMO

El cenit del pensamiento mercantilista se extendió desde el siglo xvi hasta el siglo xviii y estuvo acompañado por la creación y auge de los Estados-nación en Europa, el descubrimiento de nuevos mundos y la expansión del comercio internacional. No obstante, las ideas y políticas económicas de signo mercantilista aún prevalecen. El mercantilismo le debe su prolongado renombre al tratamiento sumamente crítico que le dio el economista clásico Adam Smith en su obra *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones] (1776). Smith fue quien acuñó el término “mercantilismo” para describir la amalgamación de diferentes ideas; el nombre se quedó, a pesar de que no era un sistema de pensamiento realmente unificado.

El deseo de definir los sistemas filosóficos, decía Ludwig Wittgenstein (1889-1951), a menudo se parece al intento de clasificar las nubes por su forma; lo mismo podría decirse del concepto de mercantilismo de Smith. Sin duda, el pensamiento económico mercantilista carecía de coherencia y de una clasificación sistemática, y no abarcaba íntegramente todos los campos económicos. Sus defensores no eran eruditos de disposición ecuaníme, sino más bien emprendedores que buscaban ganancias y funcionarios que buscaban llenar las arcas del Estado. Su preocupación principal era aumentar el poder de una nación al amasar nuevos territorios, proteger el comercio nacional, formar colonias, manejar a la población y —de manera crucial— exportar más bienes de los que se importaban.

El enfoque mercantilista de fomentar un excedente de comercio estaba directamente relacionado con su concepción de la riqueza de una nación. Como lo dijo el